

Los deberes de los corazones de Ibn Paqūda*

Los deberes de los corazones de Ibn Paqūda es una obra que se ha traducido a todos los idiomas del mundo, siendo ésta la primera vez que se hace al castellano, después de que en el siglo xvii, Tsadik ben Formone lo hiciera en Amsterdam, quedando esta versión, en la actualidad, totalmente olvidada. Posteriormente, Millás Vallicrosa tradujo en verso una selección de unos pocos fragmentos de las oraciones del final de la obra¹ y Carlos Ramos Gil vertió al castellano las diez y siete últimas páginas de la obra dedicadas al amor de Dios.²

La obra de *Los deberes de los corazones* está escrita en el siglo xi, en Zaragoza. Su redacción original está en árabe, salvo los textos de la Biblia y del Talmud y las dos oraciones finales (catorce páginas) tituladas «Reprensión» y «Súplica» todo lo cual está en hebreo.

Su título completo en árabe es *Kitāb al-hidāya ilā farā'id al-quīāb*, *Libro de la guía para la dirección de los corazones* y se tradujo, un siglo más tarde, al hebreo en Marsella por el judío granadino Yvehudah Ibn Tibbon con el título de *Sefer hobö ha-lebaböt*.

La traducción occidental y moderna más famosa es la francesa de André Chouraqui, de 1950, prologada por Maritain,³ de la que recientemente, en 1988, se ha hecho otra versión al italiano, por Elena de Rosa y Gianfranco Ravasi, incluido el prólogo de Maritain y el estudio introductorio de Chouraqui.⁴ La presente versión que presento la he realizado directamente de la

* El día 11 de abril de 1994, el Profesor Luis Díez Merino, de la Universidad de Barcelona, presentó en Balmesiana el libro *Los deberes de los corazones*, de Ibn Paqūda. Introducción, traducción y notas de Joaquín Lomba Fuentes. Col.: Clásicos Olvidados, n.º 14, Publicaciones de la Fundación Universitaria Española, Madrid, 1994, pp 346, cm. 15'5x24. ISBN: 84-7392-343-X. El Profesor Lomba pronunció, en este acto, organizado por Balmesiana y la SITA de Barcelona, y bajo la presidencia del Ilmo. Sr. Pedro Suñer, S.I., Director General de la primera institución y del Ilmo. Sr. Eudaldo Forment, Presidente de la segunda, la conferencia, que se transcribe a continuación.

1. MILLÁS VALLICROSA, *La poesía sagrada hebráicoespañola*, Madrid, 1940, pp. 225-227.

2. RAMOS GIL, C., *Bahya Ibn Paqūda. El puro amor divino*, en *Miscelánea de Estudios Arabes y Hebreos*, Granada, 1952, pp. 9-76.

3. CHOURAQUI, A., *Introduction aux devoirs des cœurs*, París, 1950.

4. ELENA DE ROSA, bajo la dirección de Gianfranco Ravasi: *I doveri del cuore*, Edizione Paoline, Milán, 1988.

edición crítica árabe de Yahudah,⁵ cotejando los pasajes que ofrecían variantes o dificultades, con la hebrea de Ibn Tibbon, publicada por Moses Hyamson.⁶

La mayor dificultad de la traducción estriba en la sencillez que Ibn Paqūda anuncia al comienzo del libro y que pretende en todo momento y que se ha de salvar en castellano y combinar con las diferencias de estilo y época existentes entre el árabe y nuestra lengua, aparte de los modismos del árabe andalusí y, concretamente, de los judíos, que es muy característico.

El libro que ahora presento consta de los siguientes apartados: 1.º Prólogo del Prof. Aranguren. 2.º Estudio introductorio de cuarenta y dos páginas. 3.º Una breve bibliografía de las principales ediciones, traducciones y estudios de *Los deberes de los corazones*. 4.º Traducción con notas aclaratorias: de conceptos, términos árabes, variantes del hebreo, posibles interpretaciones, compleción de citas bíblicas para mejor entender el texto, localización de citas, relaciones, aclaración de términos técnicos, costumbres, alusiones, etc. El lector no experto en el mundo judío y mulsumán no se puede perder en ningún momento y el entendido en el tema, puede saber en todo momento los términos técnicos árabes y hebreos que emplea Ibn Paqūda y la manera como los he vertido al castellano. 5.º Índices de materias, de nombres propios y de citas.

El nombre completo del autor es Bahya Ibn Yôsef Ibn Paqūda. Paqūda en hebreo dignifica «el vigilante». Nacido en Zaragoza, no se sabe exactamente en qué fecha. El libro seguramente lo compuso entre 1080-1090 según Kokowzew, aunque algunos lo adelantan hasta 1040 y otros lo retrasan a comienzos del XII.

De su vida solo se sabe que fue dayyan, juez, de la comunidad judía de su ciudad natal y que se le llamó ha-zaqen, el anciano, y ha-hasid, el moralista. Tal vez se dedicó al gran comercio agrícola, lo cual se puede deducir de las abundantes alusiones que hace a este tipo de actividades.

La importancia de la obra estriba: Primero, en que es un exponente muy claro y brillante de un momento cumbre de la historia de la Frontera Superior, *Tagr al-a'la*, con su capital Saraqusta, Zaragoza, sobre todo durante el período de los Reinos de Taifas con las dinastías Tuyibī y Hūdī, y bajo el dominio almorávide, es decir: de 1018 hasta el 18 de diciembre de 1118 en que fue conquistada por Alfonso I. De esta época se registran más de 300 nombres de sabios, algunos muy de primera fila. Además, gobernaron la Taifa Reyes que, además de insignes políticos, fueron eximios intelectuales. Por ejemplo, al-Mundir, al-Muqtadir (el constructor del palacio de la Aljafería), al-Mu'tamin (el gran matemático) y al-Musta'in, todos los cuales, además, tuvieron como primeros ministros a los judíos Yequtiel Ibn Ishāq y Abū Fadl Ibn Hasday, lo cual tuvo como consecuencia el que afluyeran a la zona y a Zaragoza judíos del sur de al-Andalus en tiempo de la guerra civil o fitna, posterior a la caída del califato. Así, pueden citarse a personajes judíos como el filósofo malagueño Ibn Gabirol, el gramático Ibn Yanāh, el poeta Mosèh Ibn Chiqatella, el filósofo Ibn al-Fawwāl, el gramático y poeta Ibn al-Tabbān, todos ellos contemporáneos de Ibn Paqūda, aparte de los tudelanos (muy poco posteriores, del siglo XI-XII)

5. *Yahuda*, Al-hidaja ila fa'id al-quib des Bachja Ibn Yosef Ibn Paqūda aus andalusien im arabischen Urtext zum ersten Male nach der Oxforder und Pariser Handschrift sowie den Petersburger Fragmenten, E. J. Brill, Leiden, 1912.

6. HYAMSON, M., *Duties of the Heart by Bachya ben Joseph Ibn Paqūda, translated from the Arabic into Hebrew by Jehuda Ibn Tibbon*, Feldheim Publishers, Jerusalem-New York, 1970.

Abraham ben Ezra (propalador por Europa de la ciencia) y yeyudah ha-Levi (autor del famoso *Kuzari*). Todo ello, aparte de ilustres musulmanes, entre los cuales destaca Ibn Bāyṣa, Avempace, casi contemporáneo de Ibn Paqūda y contemporáneo de los dos judíos citados de Tudela.

En esta región del Valle del Ebro podemos decir que predomina en la época musulmana: una ortodoxia seria y profunda (aplicable tanto a musulmanes como a judíos), típica de las Fronteras musulmanas, una relación permeable con cristianos del Norte, un cultivo muy intenso de la ciencia matemática, médica y astronómica (dando lugar a un marcado racionalismo), un especial interés por la temática moral y una marcada tendencia a la mística, acompañado todo de una clara vocación didáctica. Y lo interesante es que la obra de Ibn Paqūda, encaja y encarna perfectamente todas estas características.

La obra es importante, además, segundo, porque es un exponente clave de la tradición ética y de la espiritualidad judía. Antes, toda la vida moral y religiosa se basaba sólo en la Escritura y Revelación, sin pretender nunca una sistematización racional, a pesar de que se conocía gran parte de los tratados morales de Aristóteles y la filosofía de Platón. Sa'adīa Gaón, egipcio del siglo IX-X compone su *Libro de las creencias y dogmas* e insinúa en él, de pasada, una muy breve reflexión racional de la moral al hablar del amor, aversión y discernimientos innatos como fuentes de la moral. Pero los tres primeros que real y directamente hacen un intento de demostrarla y basarla además en la razón o experiencia son: Ibn Gabirol, 1002-1060 (*La corrección de los caracteres*,⁷ *Selección de Perlas*⁸), Movseh Sefardí, del siglo XII (con su *Disciplina Chericalis*)⁹ y sobre todo Ibn Paqūda que presenta un sistema deductivo de la vida espiritual, tal como podremos verlo al esquematizar el contenido de *Los deberes de los corazones*.

En tercer lugar, la importancia del libro está en que constituye un exponente de la confluencia de influjos y travase de ideas judías, musulmanas y cristianas. Ibn Paqūda fue, sin duda alguna, un hombre de una muy extensa cultura. Está totalmente imbuido de la espiritualidad judía de Sa'adīa Gaón, al-Muqāmis y de toda la tradición talmúdica y mišnáica. Del islam ha tomado el zuhd (ascesis), muchos elementos de la teología mu'tazlī, abundantes ideas de autores sufíes orientales, sobre todo de Abū Tālib al-Makkī (+996) autor de *Alimento de los corazones* y de al-Muhāsibī (+857) autor de *Vigilancia de los deberes divinos*, de al-Quṣayrī (+1074) que se esforzó en armonizar la teología aṣṣ'arita con el Sūfismo, de al-Gazzālī (1058-1111) y su *Libro de la sabiduría acerca de las creaturas de Dios*, y muy en particular de las *Rasā'il ijwān al-safā'*, *Enciclopedia de los Hermanos de la Pureza*, de origen šī'ita que fue introducida en Zaragoza por el médico Alkirmānī a mitad del siglo XI. También está presente el pensamiento griego: el neoplatonismo, el estoicismo, Aristóteles, Euclides, Galeno. Incluso el Cristianismo se deja traslucir como es, por ejemplo San Mateo, los Evangelios Apócrifos y muchos más detalles. Por fin, Ibn Paqūda ha leído y tomado materiales de los ejemplarios y sentenciarios de origen oriental recopilados y traducidos en Bagdad por Hunayn Ibn Ishāq y vertidos al hebreo

7. LOMBA, J., *La corrección de los caracteres*, con notas y estudio introductorio, publicado por Prensas de la Universidad de Zaragoza, 1990.

8. GONZALO MAESO, D., *Selección de perlas*, Ameller Editor, Barcelona, 1977.

9. LACARRA, M. J., *Disciplina Clericalis (latín-castellano)*, Zaragoza, Guara, 1980.

por al-Harizī. Además de otros cuentos y sentencias judíos, es sumamente interesante todo el cúmulo de historias, anécdotas, parábolas, comparaciones que aduce para explicar y aclarar lo que expone, muchas de las cuales son auténticas joyas literarias y pedagógicas que pasarán a la literatura cristiana posterior.

Al libro se le puede calificar de muchas maneras como son, por ejemplo: Teología, ascética, filosofía, mística, ética. Vajda, en su magnífico estudio, lo designa como tratado «Teología ascética».¹⁰ Yo diría que es un libro de sabiduría total, más allá de toda etiqueta particular. De esa sabiduría que conoce lo divino y lo humano, lo teórico y lo práctico y que los árabes llamaron Hikma, los judíos Hokma y que vendría más o menos a coincidir con la σοφία griega.

El núcleo de la obra y su argumento principal gira en torno a los siguientes principios: Primero, los deberes religiosos que se practican con los miembros externos del cuerpo no valdrían nada si no emanasen de una interioridad, del cumplimiento de los deberes internos o «deberes de los corazones». Segundo, los deberes externos son los 613 preceptos mandados por el Pentateuco y la Tradición y que se cumplen con la exterioridad corporal siendo así vistos por todos los hombres. Ibn Gabirol había compuesto una obra titulada *Azharōt* (*Exhortación*) con los dichos 613 preceptos de la Ley: 248 positivos y 365 prohibitivos. Los internos solo los ve el sujeto y Dios y emanan de tres fuentes, a saber: la Razón, la Biblia y la Tradición. Tercero, esas tres fuentes se apoyan unas a otras, no teniendo sentido ninguna de ellas sin las demás. Cuarto, la fundamental es la Razón, porque esta facultad es el supremo regalo de Dios al hombre y porque Dios siempre actúa según razón. Ahora bien, esa razón no funciona autónoma, independiente, puesto que viene ayudada por la Revelación, para subsanar sus deficiencias, errores y limitaciones. Por ello, no se puede llamar escuetamente racionalista a Ibn Paqūda, al modo como Renan calificó a Averroes, por ejemplo. Se trata de un racionalismo empapado de un profundo sentido religioso. Prueba de ellos es que las afirmaciones racionales siempre vienen avaladas y subrayadas por las citas bíblicas y talmúdicas a que Ibn Paqūda acude constantemente. Quinto, la razón radica fundamentalmente en el corazón.

En efecto, el corazón es el centro de toda la vida humana, en el mundo semita, árabe y hebreo. Allí reside el pensamiento, la esperanza, el amor, las ilusiones, el compromiso consigo mismo, con los demás y con Dios, el lugar más íntimo de la personalidad y donde se logra el último fin humano, el hondón más profundo de la conciencia al que Dios se dirige cuando habla con el hombre. A él alude el llamado šemā' Yisra'el, «Escucha Israel», del Deuteronomio al que con tanta frecuencia recurre Ibn Paqūda: «Escucha Israel, el Señor, nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas» (Deuteronomio, 6, 4-6).

La razón, por tanto, que reside en el corazón humano, es elogiada por Ibn Paqūda con gran entusiasmo, sobre todo en el capítulo segundo, artículo séptimo. Una selección de frases sacadas de dicho pasaje:¹¹ «Las ventajas que se derivan de la razón, son muy abundantes. En efecto con ella podemos demostrar que tenemos un Creador [con todos sus atributos y con la revelación que

10. VAJDA, G., *La teología ascética de Bahya Ibn Paqūda*, Madrid, 1950.

11. *Los deberes de los corazones*, p. 27.

ha hecho al hombre]. Según sea la cantidad de razón y de discernimiento del hombre, así será la valoración y juicio que Dios, ensalzado sea, hará sobre él. Y quien pierde su razón, pierde todas las excelencias propias del hombre, la carga de los preceptos que le impone como la Ley y los premios y castigos que merecería por su obediencia [o desobediencia]. De entre las excelencias de la razón se encuentra la de que con ella capta el hombre todas las cosas que son cognoscibles, tanto sensibles como inteligibles [...]. Con la razón distingue el hombre entre la verdad y la falsedad, entre la virtud y el vicio, entre el bien y el mal, entre lo bello y lo feo, entre lo necesario, lo posible y lo imposible. Gracias a ella somete a las demás especies animales para su propia utilidad. Con la razón conoce también las posiciones de las estrellas, su distancia de la tierra, los movimientos de sus órbitas, las relaciones y proporciones geométricas, las formas de demostración lógica y el resto de las ciencias y de las artes cuya enumeración se prolongaría demasiado».

Y no solo la razón queda asentada como fundamento de los deberes de los corazones, sino que ella constituye el armazón lógico de toda la obra. En efecto, el libro tiene el siguiente argumento, que, por cierto, recuerda en cierto modo el de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio, basados en el «Principio y fundamento»: 1.º Pruebas de la existencia de Dios y análisis de su unidad. 2.º Todos y cada uno de los deberes que tiene el hombre contraídos para con Dios, desarrollados y analizados en los nueve capítulos restantes de la obra. A su vez, esos capítulos tienen el siguiente esquema, también estructurado según un orden lógico que recuerda al de las *Summas* de la escolástica medieval cristiana: 1.º Definición del tema a tratar. 2.º Desarrollo y consecuencias del mismo. 3.º Dificultades que se pueden presentar para ponerlo en práctica y modos como se pueden soslayar dichas dificultades. 4.º Confirmación de lo dicho con textos de la Escritura, Tradición y autoridades.

El contenido de la *Los deberes de los corazones*, en forma resumida es el siguiente:

Prefacio. Expone el plan de la obra, de forma casi autobiográfica, puesto que dice que cuanto va a escribir es algo que él experimentó ya y que decidió sencillamente ponerlo en forma de libro para que también a otros le resultase útil, como a él. Por otra parte, es consciente de que la labor que va a emprender es, primero, sumamente difícil y, segundo, totalmente, nueva, puesto que son muchos los que han tratado de los deberes que el hombre tiene contraídos para con Dios, pero centrándose en los externos, no en los interiores, en los del corazón. Y termina con la parábola de un rey que dio unas telas a unos siervos para que cada uno las administrase, habiendo uno solo que las empleó inteligentemente para servir a su señor y agradecerle el regalo, al lado de los otros que las malgastaron y desaprovecharon. Así ocurre con la Revelación y con el uso de la Razón humana regaladas por Dios al hombre: hay que utilizarlas honrando con ellas a Dios, el gran dador de estos regalos.

Capítulo primero: Sobre la unidad de Dios. Es el capítulo más filosófico, puesto que estudia el concepto de unidad (*tawhīd*) y demuestra la existencia de un solo Creador del mundo. El Dios a cuya existencia llega, es, por otra parte, incognoscible en su esencia. Los únicos atributos que pueden aplicársele, los reduce a tres, a saber: Existencia, Eternidad y Unidad. Respecto a los demás o hay que recurrir a la Teología Negativa para desentrañar su sentido o son

simples nombres antropomórficos dichos por Dios al hombre, de cara al vulgo, para que éste tenga una cierta idea de su Señor. En todo caso, el hombre inteligente e instruido debe saber que esos nombres no dicen nada de real de la esencia íntima de Dios, teniendo la obligación de averiguar su sentido auténtico empleando la razón y el discernimiento. Algo que repite constantemente Ibn Paqūda: al hombre se le exigirá siempre en la medida de sus capacidades y esfuerzo. El inteligente deberá pues emplear su razón para profundizar en la Revelación y en su fe; el menos dotados, habrá de contentarse con el sentido obvio de las palabras, sin más averiguaciones y sutilezas.

Capítulo segundo: Aparte de lo dicho en el capítulo anterior, solo hay una manera de conocer a Dios: reflexionando en las huellas que su Sabiduría ha dejado en la creación. Subraya en este capítulo la delicadeza con que Dios nos cuida en todo momento citando estos versículos de la Biblia que repite, por cierto, en otros muchos sitios: «¿No me vertiste como leche?, ¿no me cuajaste como queso?» (Job, 10, 10-12). Y, para explicar el reconocimiento que debemos al esmero que pone Dios en nuestro gobierno, hace la comparación de un hombre que acogió primero a un niño recién nacido en el desierto para cuidarlo durante toda su vida y luego a otro que era ya adulto y que había caído prisionero en manos de un enemigo. El primero, como estaba acostumbrado desde niño a esos cuidados no era tan consciente ni estaba tan agradecido como el segundo que conoció previamente la presión, la falta de libertad, el hambre y la miseria. Así es el hombre en medio de la creación: está tan habituado a sus maravillas que a penas si es consciente de ellas olvidándose de la grandeza y generosidad de Dios que se las dio.

Capítulo tercero: Sobre el sometimiento a Dios. Supuesta la grandeza de Dios, Ibn Paqūda repite a cada momento el deber que el hombre tiene de entregarse a él por entero, incondicionalmente, citando a cada momento los versículos siguientes de la tradición: «No seas, pues, como los siervos que sirven al señor para recibir un salario, sino como los esclavos que trabajan sin recibir un jornal» [Abót, I, 2]. A propósito de este tema discute el problema de la armonización entre la libertad del hombre y la omnipotencia y presciencia de Dios. Ibn Paqūda, al final, opta por afirmar que se trata de un misterio cuya solución solo Dios sabe y que si nos hubiera sido necesario saberla para vivir y salvarnos, nos la hubiera dicho. Lo único importante es que, siendo Dios Todopoderoso y Omnisciente, el hombre, por su parte, es libre de elegir el someterse a Dios o de rebelarse contra El. A este propósito establece un diálogo precioso entre el alma y la razón muy del gusto de los *Hermanos de la Pureza*, en que aquella trata de convencer a ésta de que se entregue a su Señor y de que se libre de las tentaciones que se le presentan. Es curioso un cierto eco del Evangelio de San Mateo (concretamente Mateo, 10, 31) a propósito del tema del conocimiento que tiene Dios de los actos humanos, según el cual, está al tanto hasta de los cabellos de su cabeza.

Capítulo cuarto: Sobre el abandono en manos de Dios. Indica, ante todo, en qué cosas hay que abandonarse en Dios y cómo, añadiendo que quien se abandona en Dios se ve libre de preocupaciones incluso en esta vida. Es interesante observar el posible influjo estoico en este capítulo, donde se defiende una especie de tranquilidad espiritual frente a los avatares del mundo, muy del gusto del Pórtico. Por otro lado, sorprenden algunas expresiones coincidentes con

muchos ascetas y místicos cristianos. Por ejemplo, esta afirmación muy del estilo y aun letra de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola: hablando de la suma perfección del hombre, dice que «Son también signos de estar en este elevado rango: el preferir la muerte estando sometidos a Dios, a la vida de insumisión; el elegir la pobreza sobre la riqueza, la enfermedad a la salud, la desgracia al bienestar; el entregarse totalmente a los decretos de Dios, contentándose con lo que El quiere».¹²

Capítulo quinto: Acerca de la pureza de intención que hay que poner en la práctica de los actos religiosos. El hombre ha de esforzarse en esto hasta el extremo de crear una segunda naturaleza que lleva a un total control de la mente ante Dios, dirigiéndose por entero a El sin dejarse distraer por otras intenciones ajenas. Tienen un especial interés en este capítulo las curiosas y sutiles maneras que ofrece al alma para contestar a la pasión y a sus insinuaciones para distraerla de Dios.

Capítulo sexto: Sobre la humildad. Comienza afirmando el principio de que la humildad es la principal y fundamental virtud y expone las ventajas que tiene tanto para esta vida como para la otra. Es curioso la anécdota que toma de la historia del Islam, concretamente del Califa 'Umar, como ejemplo de paciencia y humildad cuando dicho califa dijo: «No conozco ninguna culpa que pese más que mi humildad». Y para demostrar que nadie es superior a nadie, y que siempre hay algo bueno aun en las cosas más despreciables, saca un ejemplo extraño, tal vez, de los Evangelios Apócrifos: el de un Maestro (Jesús) que rodeado de sus discípulos hallaron el cadáver putrefacto de un perro; el Maestro al ver los ascos que hacían sus discípulos al contemplarlo, comentó la blancura de sus dientes, enseñándoles cómo en todo, aun en lo más vil y feo, siempre hay algo bueno y positivo, no debiéndonos, por tanto, sentirnos superiores ante nada ni ante nadie.

Capítulo séptimo: Sobre el arrepentimiento de los errores y pecados cometidos. Es interesante observar cómo Ibn Paqūda no trata de crear complejo alguno de culpabilidad en el pecador. Incluso llega a decir que es mejor el hombre que ha pecado y se arrepiente de verdad que el que nunca ha cometido ofensa alguna contra Dios, puesto que este último puede caer en el orgullo y vanidad. Para ilustrar lo sencillo que es arrepentirse con un solo acto para volver a Dios, pone el ejemplo de un hombre rico que viajaba con una gran cantidad de bolsas de dinero y que tuvo que atravesar un río. Para hacerlo, no se le ocurrió otra cosa que echar las bolsas al agua para que, pisándolas, lo pudiese pasar. Al ver que no tenía suficientes sacos para ello, empleó el último que le quedaba para pagar a un barquero, el cual, en un instante, le pasó a la otra orilla del río. Así es el arrepentimiento: con un solo acto volvemos a la orilla del Señor, pasando por el río de los pecados.

Capítulo octavo: Sobre el examen de conciencia. Demuestra en este capítulo una gran finura de espíritu y sutileza mental al exponer nada menos que treinta maneras de examinar la conciencia, sobre todo teniendo en cuenta que no se trata de un escudriñar solo el mundo de los errores y del pecado sino, sobre todo, de conocer nuestro interior, nuestra manera de comportarnos con los demás, con la creación, con nosotros mismos, con Dios, de ver los beneficios

12. *Los deberes de los corazones*, p. 167.

que recibimos del Señor y de quienes nos rodean y de ser conscientes de los muchos motivos que tenemos de vivir agradecidos, contentos y felices. Subraya el hecho de que hombre debe avergonzarse de haber ofendido a Dios en un mundo en el que todos le obedecen. Para confirmar lo cual, saca el ejemplo del rey que mandó a sus siervos transportar a un visir con la orden, a su vez, de que este les obedeciese. Y explica lo absurdo que sería que esos siervos fuesen fieles a las órdenes del rey mientras que el visir les diese la espalda a éstos.

Capítulo noveno: Sobre la vida ascética. Estamos totalmente dentro del zuhd (ascética) islámico. Distingue entre las diversas clases de vida ascética, distinguiendo, ante todo, entre ascesis general y especial. La primera dice que consiste en «el sometimiento de las pasiones del alma y el soportar paciente el que nos privemos de algo que tenemos ocasión y poder de hacerlo; y ello, por un motivo que nos obliga. Suele decirse que «asceta es aquel que puede pero que renuncia».¹³ Y la especial, de esta manera: «Ascesis es prohibir al alma toda comodidad y placer corporal, salvo los que son naturales y estrictamente necesarios para vivir, y arrojar del alma todo lo que no sea ésto».¹⁴ Igualmente se plantea la posibilidad y licitud de entregarse a la total soledad. Clasifica las distintas maneras de vida solitaria y cenobítica y concluye al final que la mejor vida ascética es la del que vive en el mundo, en medio de sus quehaceres y obligaciones, pero teniendo el corazón desprendido de todo, como si fuera un extranjero o un viajero que está de paso en esta vida. En todo caso, afirma que no está mal el que algunos, pocos, se aislen del todo y se vayan al desierto, solamente como modelo y acicate para el resto de los hombres normales. El tener como ideal el retiro total de la sociedad, dice que va contra la Ley religiosa además de que, en definitiva, conduciría a la ruina de la humanidad y del progreso. Así pues, para el hombre normal, para el creyente sincero, da una serie de normas en el vestir, casa y comida de un alto valor ascético y religioso. Hago un extracto del largo párrafo en que describe al hombre virtuoso:¹⁵ «Su pecho es grande en generosidad. No guarda rencores ni envidias. No habla mal de los demás. Odia los honores. Es paciente, agradecido, y no sabe ofender. Su ciencia es inmensa; su humildad enorme; sus decisiones, firmes. Es cortés en las discusiones y noble en las respuestas que da. Es justo cuando se enoja, generoso cuando algo se le pide, sincero en los afectos, fiel en las promesas que hace. Es señor de sus pasiones. No responde groseramente a quien le ofende. No se ocupa de lo innecesario. No se alegra de las desgracias ajenas. Es poco gravoso para los demás y, por el contrario, les ayuda mucho. Es sumamente agradecido y en extremo paciente en los contratiempos. Si algo se le pide, lo da; si se comete contra él una injusticia la perdona; si se le priva de algo, es generoso. Exhorta a los demás al bien; dice la verdad. Habla, pero además actúa. No propala los secretos. Cuando ve algo que está bien, lo publica; pero, en cambio, cuando encuentra algo que está mal hecho, lo disimula. Su trato es agradable y sus ausencias se sienten profundamente etc.».

Capítulo décimo: Sobre el amor puro a Dios. Es el último capítulo del libro y constituye la apoteosis de la espiritualidad que propone Ibn Paqūda a lo largo

13. *Los deberes de los corazones*, p. 286.

14. *Los deberes de los corazones*, p. 288.

15. *Los deberes de los corazones*, p. 293.

de todo su libro. No llega a los arrebatos místicos de otros autores pero sí abre las puertas a ello y, por supuesto, que influirá mucho en la mística posterior y concretamente en la qabbala.

El libro se cierra, finalmente, por una parte, con unos versos acrósticos que comienzan con sus iniciales y que resume los capítulos del libro: *B a H Y a H B a R Y Ö S e F, y, por otra*, con dos largas oraciones en hebreo, en las que se resume todo lo anterior: «Reprensión», *Tôkehâh*, y «Súplica», *Baq-qâvsâh*. Ambas oraciones son de una profundidad e intimismo sorprendentes. Así comienza, por ejemplo, la «Reprensión»: ¹⁶ «Alma mía, busca la fuerza y bendice a tu Roca. Suplica su gracia presentándote humildemente ante el Señor. Dirige tu súplica ante El. Despierta de tu sueño y date cuenta del lugar que ocupas, de dónde vienes y a dónde vas. Alma mía, sal de tu sopor. Entona cánticos a tu Creador, canta su nombre, publica sus maravillas, tiembla ante El dondequiera que estuvieres. Alma mía, no te comportes como un caballo o como un mulo que no tienen conocimiento, ni seas como un borracho somnoliento ni como un estúpido. Fuiste sacado de una fuente de conocimiento, tomado de un pozo de sabiduría, conducido desde un lugar santo, extraído de la ciudad de los fuertes. El Eterno le sacó de los cielos. Alma mía, ponte los vestidos de la razón, ciñete con la inteligencia, sálvate de las vanidades de la carne en medio de la cual estás exiliada. Que tu corazón no te seduzca con sus invitaciones sutiles, que no te engañe con el espejismo de sus deseos, pues desaparecen como la espuma. Recuérdalo bien: comienzan siendo vanos e inútiles y terminan engendrando confusión y vergüenza».

El influjo de *Los deberes de los corazones* fue enorme en el mundo judío, concretamente en Maimónides, Abraham ben Ezra y en toda la literatura y ascética judía hasta nuestros días, como dicen Waxman, Meyer y Chouraqui, entre otros. Según Vajda, Ibn Paqūda, junto con Ibn Gabirol, Abraham ben Ezra y Yehudah ha-Levi (unidos al movimiento pietista que nace en el centro de Europa y por el Sur de Francia llega a Gerona) influyó en la Qabbala castellana del *Zohar*. La obra, por otro lado, se estudia y lee en habitualmente hoy día en el interior de las comunidades judías y en Israel. Todos están de acuerdo en que, dentro del judaísmo, ningún autor tuvo la suerte de Ibn Paqūda de no ser contestado, rechazado, criticado por nadie, como fué el caso de otros muchos pensadores y escritores.

El influjo se extiende también a la literatura moral castellana y europea, no solo en cuanto al contenido, sino también en lo que toca a las historias, sentencias y parábolas que expone. Así, es notable, por ejemplo, el paralelismo de ciertos pasajes que pueden encontrarse en *Las siete partidas* de Alfonso X, el *Libro de buen amor*, *Castigos e documentos para bien vivir*, el *Libro del Caballero Zifar*, el *Libro de los buenos proverbios*, el *Libro de los doce sabios*, *Bonium* o *Bocados de oro*, el *Libro de Aleixandre*, *Poridat de poridades* y en el resto de la literatura sentenciaría europea medieval y aun posterior, como en Jacques de Vitry, Etienne de Bourbon, Boccaccio, Shakespeare, etc.

Lo mismo se diga del impacto que ejerció en la ascética y mística cristiana del Siglo de Oro, como ya se ha indicado arriba. Pero ¿se trata de un influjo, directo, indirecto o difuso? ¿O simplemente se trata de coincidencias y parale-

16. *Los deberes de los corazones*, p. 327.

lismos entre espiritualidades que surgen del mismo tronco abrahámico, como son la judía y la cristiana?

En cualquier caso, es interesante recordar lo que Chouraqui dice de Ibn Paqūda y de su libro:¹⁷ «La influencia del pensamiento de Bahya Ibn Paqūda es tal, que desbordó rápidamente los círculos intelectuales propios para extenderse a las grandes masas de judíos. Este autor, que, a diferencia de los más célebres teólogos de la Sinagoga (como Maimónides) no levantará jamás contradicción alguna en Israel, conoció el raro privilegio de ser traducido desde comienzos del siglo *XVII* a todas las lenguas habladas en el interior de las comunidades judías. *Los deberes de los corazones*, llega a ser así la obra que informó por excelencia la espiritualidad judía. La historia del camino de su influencia está todavía por escribir».

A manera de conclusión podemos decir que con esta obra hemos recuperado al castellano una personalidad y una joya y regalo de la historia de primer orden de toda la literatura universal, del judaísmo, de la España judía y musulmana, de Aragón y de Zaragoza.

DR. JOAQUÍN LOMBA FUENTES
Universidad de Zaragoza

17. CHOURAQUI, A., *Introduction aux devoirs des coeurs*, op. cit., p. LIII.